



LA VIDA DE DIOS EN NOSOTROS (**LA CARIDAD**)

TEMA 4 / SESIÓN SEGUNDA

TEMA 4 / SESIÓN SEGUNDA

IDEAS

- El amor de caridad no viene a anular el deseo y el afecto espontáneo del hombre, sino que lo conduce a su plenitud.
- El amor de *caridad* nos educa en el reconocimiento del valor del otro por sí mismo, por su condición de persona, con independencia de lo agradable o lo útil que me resulta. Esto nos hace personas más libres.
- Los santos son aquellos que han amado de este modo. El que así ama es dichoso, porque experimenta el gozo, la paz, la alegría que nace de un corazón que sabe amar limpiamente, generosamente, con libertad interior.

DESARROLLO

Ya hemos dejado claro antes que la caridad consiste en este amor total que se traduce en la donación total de nosotros mismos a Dios y al prójimo. Pero también hemos dicho que esto es posible sólo como don de Dios, porque nadie ama espontáneamente así. ¿Qué relación tiene entonces la caridad -el amor al que somos llamados- con nuestra propia capacidad de amar? ¿El amor simplemente humano viene a ser anulado por el amor que proviene de Dios? ¿No implicará esto una deshumanización, es decir, una anulación del instinto, del afecto espontáneo, del deseo, de la atracción que experimentamos ante la belleza, la bondad o la verdad?

Una primera forma de amar es la que los griegos llamaron *eros*. Sobre ello Benedicto XVI escribió unas páginas muy luminosas en su encíclica *Deus caritas est*. Este amor se despierta atraído por la belleza, la verdad y la bondad. Pero estas no son vistas nunca en sí mismas, sino en las cosas (en un sentido que incluye también a las personas), que nos resultan bellas, verdaderas y buenas. Esta atracción ejerce un poderoso influjo en nuestra sensibilidad y afectividad. El amor *erótico* (en este sentido genérico y no sólo sexual) forma parte de nuestra experiencia del amor humano. Ya Platón afirmaba que este deseo, despertado por la atracción, tiene que recorrer un camino que no acaba nunca, porque es deseo de la belleza en sí, de la verdad en sí, de la bondad en sí. El camino de este amor consiste en una progresiva elevación y purificación hacia las cosas, y el corazón del hombre se ensancha y goza a medida que avanza en él. Pero el riesgo posible es el de quedarse atrapado en las cosas bellas, por ejemplo, y dejar de buscar la belleza misma. En este amor que se despierta en nosotros por una atracción que viene de fuera, el peligro es quedar atrapados en nuestra sensualidad, sensibilidad o afectividad. Si bien el corazón es atraído para que siga ensanchándose, se encierra en la satisfacción del propio yo, en el amor propio.

En este sentido, el amor de *caridad* viene a proteger el amor humano de este riesgo del amor propio, del amor a sí mismo y, además, le abre un horizonte mucho mayor. El amor

de *caridad* nos educa, primero, en el reconocimiento del valor del otro por sí mismo, por su condición de persona, con independencia de lo agradable o lo útil que me resulta. Esto es relativamente fácil de comprender si pensamos en nuestra experiencia más espontánea. Es frecuente percibir que algunas personas nos caen bien y otras nos caen mal. No hay muchas veces causa consciente, pero en algunas personas descubrimos cosas que nos atraen (desde su apariencia física o belleza exterior, hasta determinados rasgos de su carácter, o su conversación, lo placentero o lo útil que pueda resultarme su compañía). En las personas que nos caen mal, no percibimos ningún bien para nosotros mismos y, por tanto, nuestro afecto, nuestro amor, no se despierta, no es atraído desde fuera. ¡Qué difícil nos resulta entonces ser amable, o incluso ser justo en nuestros pensamientos y en nuestras obras con quienes nos caen mal! La caridad nos dice que todos -cada uno- tiene un valor infinito por el hecho de ser persona, con independencia del bien que yo pueda obtener y educa y forma nuestro corazón para poder amar a cada uno por el hecho mismo de ser otro para mí, con un amor que ya no es respuesta a una atracción exterior, sino con un amor que nace del propio corazón alimentado y transformado por el amor de Dios.

De este modo, el amor de caridad no destruye el *eros*, no anula la sensibilidad, ni la afectividad... al contrario, las potencian, las purifican, las subliman integrándolas en un amor más perfecto. Así el corazón se ve libre de las cadenas que pueden suponer una sensibilidad o una afectividad autocentradas.

El que avanza en este camino, el que iluminado por la fe va creciendo en el amor de Dios llega a un punto que es más perfecto y que supone una libertad mayor: la de poder amar a los enemigos, no ya a los que nos caen mal, sino a los que nos han hecho un mal o nos lo hacen. La razón nos dice que este o aquel -aun habiéndonos hecho daño- son personas y, por tanto, no pueden ser tratadas de cualquier modo. La fe, además, nos dice que son también ellos hijos de Dios, que llevan en su corazón la imagen de Dios. La caridad, que es la perfección de la fe, nos hace capaces de amarlos, de perdonar, porque eleva nuestro mundo instintivo y afectivo a una nueva forma de relación.

Por eso, dice el Catecismo que “el ejercicio de todas las virtudes está animado e inspirado por la caridad. Esta es el “vínculo de la perfección” (Col 3,14); es la *forma de las virtudes*: las articula y las ordena entre sí; es fuente y término de su práctica cristiana. La caridad asegura y purifica nuestra facultad humana de amar. La eleva a la perfección sobrenatural del amor divino” (n. 1827).

El que ama de este modo -pensemos en los santos, en Teresa de Calcuta por poner un ejemplo de nuestros días- experimenta el gozo, la paz, la alegría que nace de un corazón que sabe amar limpiamente, generosamente, con libertad interior. El corazón cumple así el fin para el que ha sido creado: se sabe amado y ama como es amado.

La vida concreta nos ofrece, pues, muchas formas de vivir la caridad, que se expresa necesariamente en la misericordia con todos, especialmente con los que más sufren. Pero queda claro que es un amor sobrenatural que sólo se alcanza bebiéndolo en su fuente, que es Dios mismo. Es don que se nos da como semilla en el Bautismo, que se perfecciona en la confirmación y que se alimenta de la Eucaristía, prenda de caridad. No se alcanza la caridad como fruto del propio esfuerzo, sino que se recibe de Dios. Por eso es necesario pedirla y buscar ocasiones para vivirla en nuestra relación con Dios y con los demás. Buscar al Señor, buscar su compañía en la oración alimenta el amor. Pero el Señor mismo nos indica dónde encontrarlo: en los que tienen hambre, sed, están desnudos, enfermos o en la cárcel (cf. *Mt 25*, 31-46).

¿Podemos imaginar cómo sería nuestra casa, nuestro barrio, nuestra ciudad... el mundo si alcanzásemos este amor? Tarea nuestra es vivirlo y manifestarlo, mostrarlo a los demás en nosotros mismos, para que todos puedan dar gloria a Dios, conocerlo y amarlo, y así participar de nuestra alegría.